

La rehabilitación del trabajo

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del Génesis, castiga con el trabajo, ¿a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Le hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras. ¡Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes!

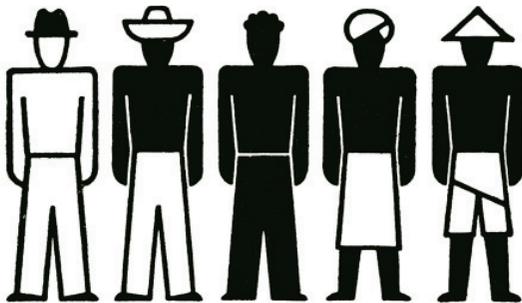
Mientras escribo estas líneas, mi hijo -de dos años y medio- juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los albañiles; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, ¿no ha de estarlo también la del espíritu? Y he aquí que hemos prostituido el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor, hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes; el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irisados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los desfallecidos, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más.

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud del trabajo, y a los ricos, de la esclavitud de su ociosidad.

Rafael Barrett



Sindicato de Telecomunicaciones y Servicios Informáticos de Madrid

Contacto · Correo electrónico: stsi-madrid@autistici.org / Página web: www.stsi-madrid.org
Asamblea · Todos los lunes a las 20 horas en el Local Anarquista Magdalena (calle Dos hermanas, 11)

El Estado está fundado sobre la esclavitud del trabajo. Que el trabajo sea libre y el Estado se hunde.

Max Stirner

En este Primero de Mayo volvemos a recordar a los compañeros de Chicago y a destacar su lucha contra el trabajo, “el sistema del salario causante de todas las iniquidades tan monstruosas que claman al cielo”.

No es casualidad que el origen de la palabra “trabajo” lo encontremos ya en el siglo XII asociada a un instrumento de tortura, “tripalium”, para castigar esclavos. Y eso somos, esclavos, trabajadores, explotados, y queremos dejar de serlo. No hay orgullo en la esclavitud a la que nos somete el trabajo, ni mejora o reforma que pueda sacarnos de ella. Toda nuestra vida está determinada por el imperativo del trabajo y nuestra lucha por la libertad no puede continuar reducida a pequeñas victorias sobre la producción. Destruir el trabajo, y no autogestionarlo, es nuestro objetivo.

Hubo un tiempo que unos hombres y mujeres libres se resistieron al nuevo orden económico y social que les empezaba a imponer la domesticación industrial. De esto hace ya casi dos siglos y aquí estamos hoy recordando también a quienes ya entonces entendieron que no hay otra forma de combatir la explotación que destruyendo lo que nos oprime. La represión brutal que sufrieron acabó con este movimiento luddista, y desde que fueron derrotados estamos atravesados por el triunfo de la lógica industrial, que no solo se reduce a la fábrica sino también a nuestro tiempo fuera de ella y a la manera en que nos organizamos para luchar contra la explotación. Hemos llegado a un punto de sometimiento que

ya no medimos nuestra libertad en base a nuestros propios deseos y anhelos, sino que es el trabajo y la posición que este nos otorga en el mundo, tanto si lo tenemos como si no, que ya hasta nuestro tiempo libre está alienado y solo se desarrolla en oposición al trabajo, a pesar del trabajo o gracias a él. No trabajamos más que para vernos libres del trabajo, y nuestro tiempo libre no es ya más que un tiempo para poder soportarlo.

El trabajo es una imposición, comer hay que comer, es un orden social impuesto para beneficio de unos pocos, es un instrumento de poder que debe ser destruido para que algún día podamos comer sin necesidad de que el sistema del salario y quien lo ordena mande sobre nuestras vidas.

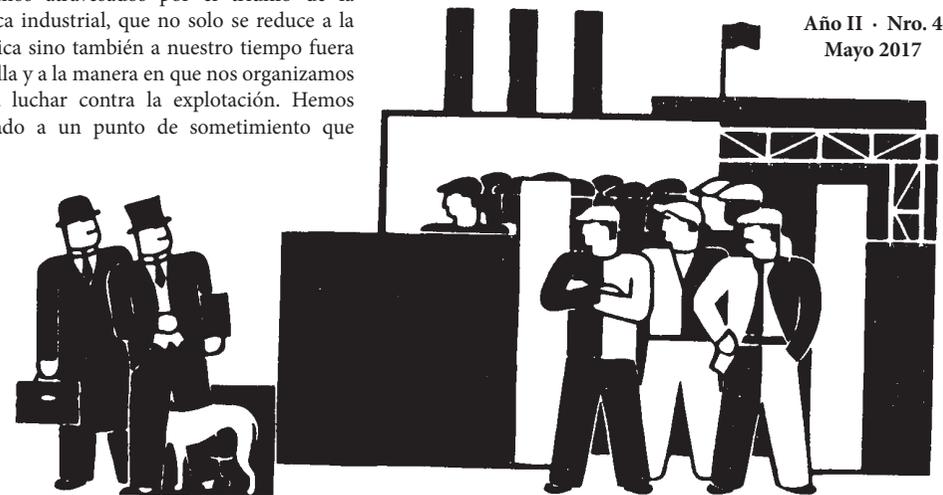
No podemos seguir midiendo nuestra libertad en base a los instrumentos de explotación del capitalismo, nuestra lucha no puede seguir secuestrada en las mejoras que demandamos del trabajo por más tiempo. Hay que defenderse de los ataques del capitalismo allí donde haga falta y no dejar de generar conflicto dentro y fuera del trabajo, pero no olvidemos que muchos compañeros y compañeras murieron para destruir el sistema del salario, no para mantenerlo.

Hoy es Primero de Mayo, y gritamos:

¡MUERTE AL TRABAJO!

entre iguales

Año II · Nro. 4
Mayo 2017



Mentiras, historias, revueltas y vueltas al mundo

Por todo el mundo es bien sabido que no siempre la historia que nos cuentan es verdad. Nos llenan la cabeza de supuestas hazañas, contadas de forma aburrida, en el cole. Pero, cosas de la vida, ni el Cid fue un héroe nacional (más bien un mercenario que le arrebató Valencia a los reinos cristianos bajo la bandera del reino musulmán de Sevilla), ni los “mártires” de Chicago, que ni nos los mencionan en la escuela, fueron unos humildes sindicalistas que protestaban por la consecución de la jornada de ocho horas (sino que la inmensa mayoría fueron anarquistas insurreccionales que, con las armas en la mano, lucharon contra el trabajo asalariado), ni Rosa Parks fue una inocente muchacha que le quitó el sitio a un hombre blanco en un autobús yanqui (fue una activista que le armó el pitote de forma premeditada – lo cual no le quita mérito - a un blanquito de clase media porque quería que ella se levantara de su asiento en la parte reservada para los negros pues el autobús venía lleno).

Siguiendo estos ejemplos, pondremos uno más, el insigne Juan Sebastián Elcano no fue el primero en dar la vuelta al mundo. En 1519 un navegante portugués de apellido Magalhães deserta de la marina portuguesa y se refugia en Castilla. Se lleva con él mapas, artilugios de navegación y esclavos. Uno de ellos era un joven que había sido apresado por una expedición portuguesa cerca de Java y llevado a Portugal, donde fue comprado por Magalhaês. Éste le ofreció a Carlos I una ruta que conectara las “Españas” con Filipinas sin necesidad de bordear África, asunto caro y peligroso. Dicha ruta era a través de América y aunque más larga era más barata y más rápida debido a las corrientes favorables. Magalhães había descubierto dicha ruta precisamente en la expedición en la que fue capturado su esclavo, un hombre sin nombre renombrado por los portugueses como Henrique. La ruta la había descubierto siguiendo sus cálculos pero nadie la había probado. Para hacerlo se flota una expedición compuesta por “voluntarios” y esclavos.

Pero ¿quiénes son estos “voluntarios”? Como nadie en su sano juicio quería hacer un viaje de “prueba” con lo que podía suponer (una muerte

probable, de inanición por agotamiento de víveres, por naufragio o por perderse en los océanos), la corona decide enrolar presos condenados a muerte y fugitivos a cambio de conmutarles la pena. Con nada que perder y la vida por ganar, cinco naos se llenan de marineros, entre ellos el fugitivo Elcano, quien era buscado por vender una nave armada a marineros saboyanos, suponiendo eso un delito de alta traición que se pagaba con la muerte. El insigne personaje que da nombre al más ilustre buque-escuela de la armada española era un marinero vasco, capitán de barco y vástago de una familia de armadores y marineros de Getaria, que se había arruinado y había vendido un barco, que el ejército español le había encargado capitanear, al ducado de Saboya. Enriquecido por la venta pero buscado por las autoridades, se refugió en Sevilla y al enterarse de la expedición y de que si iba voluntario le sería perdonada la falta, decidió enrolarse. Como era un experto marinero, Magalhês lo incluyó, pero sin rango, en su equipo de oficiales.

La expedición zarpa, cruza un estrecho que separa el continente americano de la isla de tierra de fuego (frente a ese mismo continente y parte de él) y Magalhaês, humilde él, lo bautiza con su nombre. Drake haría lo propio más tarde con el estrecho (estrecho más ancho que estrecho) que separa esa misma tierra de fuego de la Antártida. Cruzan entre calamidades el estrecho de Magallanes (castellanización del apellido del navegante portugués) y llegan a las Molucas, objetivo del viaje. Prueba superada, la ruta funciona. Pero en las Molucas, los indígenas no se toman muy bien la visita de los españoles (ya conocían por allí cómo se las gastaban los europeos) y la expedición es recibida con una ristra de lanzas y flechas que matan a Magalhaês y a algunos tripulantes más. Los oficiales toman el mando y salen de allí cagando leches pero intentando regresar a España tan apuradamente se pierden. Recalan en el mismo archipiélago filipino, en uno de los muchos islotes, donde son bien recibidos y deciden parar allí un tiempo para recuperarse, reparar las naves de los desperfectos sufridos en el viaje (sobre todo en tierra de fuego) y elegir nuevo capitán.

Descubren allí que Henrique (el esclavo de Magalhães, El hombre sin nombre), que era de Java y Borneo, conoce el idioma de los aborígenes o al menos se puede entender con ellos. Nuevo revés de la Historia; con Magallanes muerto es Henrique y no Elcano el primero en dar la vuelta al mundo (capturado en Java, llevado a Portugal y luego zarpa desde España hasta llegar, vía América, de nuevo hasta el Pacífico, al sur del archipiélago filipino, unos cientos de kilómetros más al norte de Java, Sumatra y Borneo).

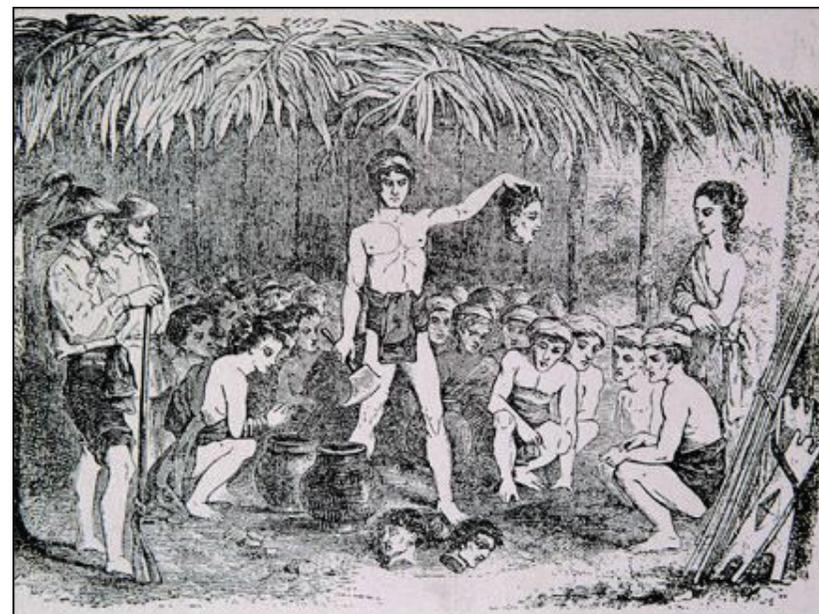
Sorprendidos los españoles de que Henrique hable esa lengua, le obligan a amenazar a los indígenas para que den comida y víveres para el viaje de regreso y a que trabajen gratis para ellos reparando los barcos. Henrique se niega, pero es torturado. Finalmente Henrique accede.

Tras hablar con los indígenas comunica a la expedición que están dispuestos a hacer lo que les pidan a cambio de cuatro baratijas, relucientes pero sin valor, que están contentos con el trato y que invitan a la oficialidad a un banquete de celebración para sellar el pacto. Mientras los marineros pasan la noche en el barco, incluido Elcano (que recordemos, no tenía rango aunque hiciera funciones de oficial por su pericia), los oficiales celebran un delicioso banquete al término del cual, Henrique y los habitantes de

la isla, les cortan el cuello y después disparan flechas incendiarias contra los barcos de la expedición, que sale precipitadamente de allí. Henrique ha vuelto a casa, para quedarse. Qué bonita es la comunicación, y qué agradable entenderse, máxime cuando eso implica emboscar y ajusticiar a las despreciables e infectas alimañas que te oprimen y amargan la existencia.

La expedición, al mando de Elcano vuelve a España a través del Índico, bordeando África, completando su vuelta al mundo particular y demostrando que la ruta funciona. Eso sí, como el capitán y todo los oficiales habían muerto y Elcano nunca había navegado por el Pacífico, no se atrevieron a tomar el mismo camino por el cual fueron a las Molucas. Quién sabe si además los filipinos no les andarían esperando; mejor tirar por lo malo conocido y bordear África para regresar. Doce marineros en una nave llegaron de vuelta de las cinco naves y más de trescientos hombres que partieron. Elcano, héroe nacional.

Pero qué diantres tiene que ver este artículo con el “día del trabajo”. Fácil, los filipinos se rebelaron porque les obligaban a trabajar, cortaron el cuello a sus explotadores y lo hicieron... un 1º de mayo de 1521. ¿A qué nunca te habían contado esto en el cole?



Cortadores de cabeza Tinguian.

Grabado en la obra de P. P. de la Gironiere “Vint années aux Philippines”, Paris 1853.